

Paper incluido en las actas del congreso IILI (Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana Rosario, Argentina, June 2005) con el título:

"Los relatos de los sobrevivientes del terror militar en Argentina: estrategias discursivas en la preservación de la memoria histórica"

María del Carmen Sillato
University of Waterloo

El destino de los sobrevivientes en *Memorias del río inmóvil* de Cristina Feijóo¹

Las agitadas décadas del 60 y 70 en Argentina que tuvieron como broche final entre 1976 y 1983 la dictadura militar más sangrienta que hubiera conocido el país, han dado lugar a la producción de un abundante material escrito que se destaca, fundamentalmente, por la variedad de las estrategias narrativas empleadas. Desde la literatura, el periodismo, la sociología, las ciencias políticas, y más, han ido apareciendo en los últimos 25 años textos que buscan, fundamentalmente, dar respuesta a interrogantes para los que no hay explicaciones sencillas: ¿cómo fue posible que ocurriera lo que ocurrió?, ¿en que medida se vio afectada la sociedad en su conjunto?, ¿cuál fue la respuesta en el ámbito socio-cultural al gran silenciamiento y censura que provocó el terrorismo de estado?, y más recientemente, ¿cuáles son las consecuencias de ese terrorismo de estado en los 90 y comienzos del siglo XXI? En lo que atañe específicamente a la literatura, es posible señalar un recorrido que va desde la aparición de textos en los que la elipsis, el merodeo o la alusión indirecta eran características primordiales –y me refiero a los aparecidos a finales de los 70 y comienzos de los 80--, a la publicación de la primera novela-testimonio en 1983, *Recuerdos de la muerte* de Miguel Bonasso, y la posterior aparición de un número importante de testimonios de y

¹ Buenos Aires: Alguafara, 2001. Todas las citas pertenecen a esta edición.

sobre los sobrevivientes del terror militar. Pero, ¿qué tipo de literatura se produce en los 90? Aunque existe aún una línea de continuidad con la literatura de carácter testimonial –la reciente aparición de *Detrás de la mirilla* con relatos testimoniales de ex presos de la cárcel de Coronda así lo demuestra–, la tendencia es hacia la ficción con novelas como *Dos veces junio* de Martín Kohan (2002), *Bajo el mismo cielo* de Silvia Silberstein (2002), *Mala junta* de Mario Paoletti (1999) o *Memorias del río inmóvil* de Cristina Feijóo (2001), sólo por nombrar algunas. No se trata de ficciones en el sentido estricto del término como cosa inventada, imaginada. Estas ficciones tienen un anclaje en una realidad reconocible en los que el elemento histórico juega una suerte de escenario de los acontecimientos. José Di Marco las define de la siguiente manera : «No son ‘novelas históricas’ ni ‘relatos testimoniales’; no las orienta una voluntad reconstructiva ni predomina en ellas una intención de denuncia pero, sin embargo, ‘hacen’ memoria ».²

En cuanto a *Memorias del río inmóvil* de Cristina Feijóo, galardonada con el Premio Clarín de Novela 2001, la novedad que introduce esta novela es que el elemento denuncia se inserta no en una revisión del terrorismo de estado tal como se dio entre el 76 y el 83 sino en las nefastas consecuencias que se viven en los 90 y que muestra la continuidad en los posteriores gobiernos democráticos, especialmente el de Carlos Menem, de la política neoliberal implantada a sangre y fuego por la dictadura militar.

La dedicatoria de la novela por parte de su autora es: “A quienes comparten la memoria de la utopía y su búsqueda, que nunca acabará” (7). Se trata, pues, de la alusión a una generación de sobrevivientes del terrorismo de estado entre los que ella misma se incluye. No se trata sólo de los que sufrieron en carne propia la persecución, la prisión y el exilio, sino de todos aquellos que en las décadas del 60 y del 70 apostaban a producir

² “Ficción y memoria en la narrativa argentina actual: la escritura como táctica”

un cambio radical en la balanza político-económica y social, que durante tanto tiempo se venía inclinando hacia el lado de las injusticias y de los atropellos a las garantías constitucionales.³ La amplia dedicatoria tampoco marca barreras territoriales ni hace distinciones ideológicas ya que abarca a quienes de norte a sur en Latinoamérica y en otras partes del mundo se entregaron durante aquellos años a la búsqueda de esa utopía inspirados en las grandes revoluciones del siglo XX: la Revolución Rusa de Lenin y Trotsky, la Revolución Cultural de la China de Mao Tse-tung, y la Revolución Cubana como ejemplo del mayor desafío a las garras del capitalismo. Vietnam y el mayo francés eran también motivos de inspiración, ejemplos de resistencia al sistema capitalista y de profunda crítica al avance de las doctrinas neoliberales que comenzaban a despuntar en aquellos años. En Argentina se sumaba, además, la larga lucha de la resistencia peronista y el deseo de una buena parte de esa generación de levantar las banderas del justicialismo con el apoyo de un Perón en el exilio como paso hacia la consolidación de una sociedad socialista.

En su puesto de observadora y evaluadora de los ideales forjados durante aquellos años pero desde la perspectiva del presente –década de los 90--, Feijóo coloca esa lucha en el campo de las utopías, consciente como lo está ahora de la derrota infligida al campo popular por parte de dictaduras militares dispuestas a avasallar derechos civiles y humanos a fin de implantar como fuera la tan temida economía neoliberal. Sin embargo, la dedicatoria de la novela apunta también a la esperanza en esa afirmación de que la búsqueda de la utopía “nunca acabará”. Pero para que eso sea posible, nos dice Feijóo, es preciso rescatar la memoria, construir la historia con los trazos dispersos en las memorias

³ Entre 1955, año del golpe militar que derrocó el segundo gobierno peronista, hasta 1983, se produjeron cuatro interrupciones de las garantías constitucionales, tres de ellas con permanencias temporales de dictaduras militares que suman en total más de catorce años.

de quienes sobrevivieron al horror para contarlo. Ella misma lo viene haciendo desde hace tiempo y muy particularmente en esta novela, que sintetiza la trayectoria de la militancia de los 70 y expone las consecuencias directas del terror militar tanto en los militantes que sobrevivieron como en el tejido social en su conjunto.

Los tres epígrafes que siguen a la dedicatoria giran en torno al tema de la memoria, el cual se perfila con claridad en un poema de Lucio Salas Oroño: “Eludir el recuerdo y sin embargo // saber que la memoria te es sagrada // usar botones que abran // hacer ojales grandes // verdaderas tajadas” (9). El título de la novela, por otra parte, está en relación con otro de los epígrafes, un poema de Hipólito Paz, clara alusión a una ciudad/sociedad que quiere olvidar pero que aún lucha con la culpa: “Esta ciudad insondable que ensimismada // se niega mirar su río que se le finge inmóvil, // cuyas calles exhiben las cicatrices de viejos heroísmos, la que se obstina en discutibles fervores y malquerencias // y lleva hasta la muerte sus amores” (9).

La imagen del “río inmóvil” se opone a ese constante fluir del río heracliteano y produce un profundo contraste con esa otra imagen del fluir de la conciencia que no es otra cosa que el fluir de la memoria. Porque, ¿qué es esta novela sino un permanente fluir de la conciencia de Rita, la protagonista, en contraste con ese punto inmóvil en el que ha quedado fijada la memoria de Floyt, el compañero desaparecido y ahora reaparecido pero loco y amnésico? Y como escenario el tristemente célebre Río de la Plata, adonde fueron arrojados tantos militantes de quienes nunca se volvió a saber. Floyt no evoluciona, se sumerge cada tarde en el mismo río porque para él no hay pasado ni futuro. Su amnesia es más que significativa porque alude directamente a la amnesia

social, a esa ciudad mencionada en el epígrafe “que ensimismada se niega mirar su río que se le finge inmóvil”.

Es cautivante la manera en que esta novela conduce sutilmente al lector por derroteros de los que ya no podrá salir inmune. Lo que comienza como un relato casi anecdótico del devenir de una pareja de ex militantes de los 70 que intenta dar sentido a sus vidas en los 90, va atrapando al lector en una red de intrigas en la que se ponen al descubierto los macabros mecanismos implementados por la dictadura y sus cómplices, cuyos efectos desbastadores siguen vigentes en una sociedad que todavía no podido saldar cuentas con el horror. La reflexión que hace Rita sobre su vida en contraste con la de Floyt casi a mitad de la novela constituye el eje alrededor del cual gira la trama:

Floyt es una ruina, pero una ruina coherente. Mirándome en el espejo de su presencia, me veo, es decir veo lo que otros ven y me lleno de vergüenza. La mujer que se acoda junto a este compañero es una profesional cuarentona que se alimenta light, concurre a los estrenos de teatro, compra lo último en libros, se retoca el pelo todos los meses, suda en un gimnasio y no se diferencia en nada de cualquier otra cuarentona con los mismos ingresos. En nada. Salvo que ella, claro, sobrevivió. (110)

En ese traspaso inmediato, casi imperceptible, de la primera persona, “mirándome”, a la tercera, “ella sobrevivió”, se oculta la clave de esa lucha interior de Rita entre la que fue y la que es, aquella que sobrevivió a su propia historia de pérdidas, ausencias y separaciones contrapuesta a la del presente que ha tenido que resignar sus ideales para conformarse a una sociedad que poco la comprende o a la que poco le interesa su pasado, acaso sólo para criticarla. Sólo esa distancia, el hablar de sí misma como “la mujer que se acoda junto a ese compañero”, es lo que le permite “verse” en el espejo de un lugar en el que no quiere estar. Esta ruptura en la persona gramatical constituye, de hecho, la dinámica fundacional del texto. En un entrecruce de relatos que

van de la primera a la tercera persona y con una primera persona móvil, siempre distinguida por la escritura en bastardilla, que da voz a diferentes personajes, la novela opera sobre territorios aparentemente disímiles que, sin embargo, confluyen en un escenario en el que las “verdades parciales” apuntan a dejar constancia de una realidad negada durante los largos años de post-dictadura por grandes sectores de la sociedad argentina. Rita representa a la militante de izquierda, quien ha vuelto a la Argentina después de años de exilio; Juan, su compañero de militancia y esposo, estuvo siete años en prisión sin haber cedido nunca a las presiones del hostigamiento, y aún hoy se resiste inútilmente a tener que trabajar para las empresas multinacionales; Floyt es un mendigo amnésico cuya imagen fantasmagórica refleja en su “estar ausente” la suerte de los miles de desaparecidos;⁴ Misha, el rusito, es hijo de desaparecidos; y Pinino es, sin saberlo hasta el final, el hijo de Floyt y su compañera desaparecida, Ana Leyrado, a quien probablemente dieron muerte después de nacido el hijo. Estos personajes subsisten en una sociedad en la que ha triunfado el mal y que incluye a diferentes sectores sociales: ex militares y ex policías con todos sus cómplices y beneficiarios, incluyendo la iglesia católica. En la figura de Pinino se concentran los elementos de mayor perversidad que le tocara vivir a la sociedad argentina durante el proceso militar: el tráfico de recién nacidos una vez eliminadas las madres, cayendo muchos de ellos en manos de los propios asesinos. Julieta, su madre, se va revelando ante el lector como un personaje siniestro: aunque al principio se nos presenta como una mujer por quien Rita siente una sincera

⁴ Sostiene Fernando Reati en su artículo “Trauma, duelo y derrota en las novelas de ex presos de la guerra sucia argentina” (*Chasqui. Revista de literatura latinoamericana*, Volumen 33, número 1, mayo 2004: 106-127) en relación a ese “no estar estando” (12) con que Rita describe a Floyt: “En un sentido amplio, todos los sobrevivientes *no están estando* ya sea porque como Floyt se han refugiado en la locura para huir del horror vivido, o porque como Rita y Juan han simulado adaptarse a las nuevas reglas de juego sin jamás lograrla del todo. La definición del sobreviviente como alguien que *no está estando* es de notable importancia en un país como Argentina repleto de desaparecidos que *no están estando*” (117).

empatía, el deseo de su hijo de saber más sobre ella conduce a Rita, y nos conduce a todos, Pinino incluido, al descubrimiento de la terrible verdad que flota en la novela casi desde el comienzo: Julieta ha sido una pieza fundamental para los militares, tanto en el negocio de objetos robados a los secuestrados como en el tráfico de recién nacidos. Nada casual, entonces, que ella se quedara con uno. Las reflexiones de Pinino hacia el final de la novela, mientras desarrolla un rito de travestismo para exponer su homosexualidad y castigar así a su madre, sintetizan la gran contradicción instalada en su conciencia entre la búsqueda y la negación de la verdad: “Lo peor de todo es que hay giles que creen que saben cosas de mí. Que pueden venir y decirme a mí quién soy y dónde tengo que estar. ¿Pero alguien se pregunta si yo quiero salirme de acá? ¿Quiero yo que alguien me diga quién soy? ¿Alguien me preguntó dónde quiero estar, si quiero estar aquí, o allá?” (287)

Memorias del río inmóvil logra presentar, en sus 292 páginas, un retrato de la sociedad argentina de finales de los 90 con una agudeza admirable. Feijóo apunta aquí a dar respuesta a algunas preguntas fundamentales, tales como: ¿cómo fue posible el surgimiento de las organizaciones de izquierda en Argentina?; ¿en qué se ha convertido el país en los 90?; ¿qué heridas ha dejado en el tejido social el terrorismo de estado y la posterior complicidad de los gobiernos democráticos post-dictadura?; la implantación de una economía neoliberal con el consecuente empobrecimiento de la clase media y los más altos niveles de miseria que haya conocido el país ¿es aquella en contra de la cual luchaban aquellos jóvenes en los años 70? Y en ese marco: ¿cuál ha sido el destino de los sobrevivientes de esa lucha? Las palabras expresadas por Juan, el compañero de Rita, definen de manera cabal el debate interno con el que se han tenido que confrontar muchos de ellos: “Somos lo que hemos sido, la sangre y las memorias, las frustraciones y

los silencios, la lenta calma de saber en qué hemos devenido partiendo de qué lugar y dirigiéndonos adónde, por qué, a través de qué medios. Eso somos, la memoria de lo que hemos sido. El único sentido de continuar con vida es cargar con esa memoria sin chistar” (271). No obstante, las palabras con que termina la novela y que exponen las últimas reflexiones de Rita nos confrontan con un elemento inesperado: “Somos –se refiere a Juan y a sí misma--, dos pozos de tiempo que fuman sentados en el cordón de una vereda, en San Isidro. El hilo entre nosotros se cortó y nos devolvió a cada uno a su pasado; un *pasado intacto*, listo para ser llenado de memorias falsas” (292. El énfasis es mío). La imagen de “un pasado intacto” está en relación con esa otra imagen del río inmóvil presente en el título. Es decir, se trata de aquello que no puede modificar ni siquiera nuestra mirada desde el presente: ese ideal puro que atrajo a tantos a la lucha, pero que en su puesta en práctica no supo prever la derrota. La derrota, tema tabú, palabra que se evita porque al pronunciarla se conjura una realidad que por dolorosa se vuelve insoportable. El Juan de la novela niega por mucho tiempo que ese mendigo casi despreciable sea Floyt, aquel heroico compañero, querido y admirado por todos. Aceptar que es él le significa, al final, confrontarse con la derrota y con la culpa de estar vivo. Dice Rita describiendo a Juan: “Gira la cabeza y antes de clavar su mirada en Floyt, yo sé que lo ha reconocido. Lo ve por primera vez; lo observa mirar a la muchacha, la cara pegada al vidrio, absorto en su rostro; la cara de Juan se contrae en un gesto de intolerable dolor y yo desvío los ojos para no verlo. Para no verle la culpa” (291). Por eso hay que llenar ese pasado de “memorias falsas”, porque es el único camino de reencuentro con las utopías de un pasado en el que, piensa Rita, “alguna vez fuimos inmortales”. En palabras de Fernando Reati: “En este impactante cuadro que reúne al ex

preso, la ex exiliada, el ex secuestrado ahora loco, y la muchacha idéntica a una desaparecida, se plasma la imagen de los sobrevivientes como seres congelados en el tiempo, inmortales y al mismo tiempo muertos, fantasmas fuera de lugar en la inmisericorde Argentina de los 90 que llevan a cabo un duelo interminable (el propio y el colectivo) por todo lo perdido” (118). Floyt mirando a Ana en la imagen de una muchacha que es idéntica a ella y que tiene la edad que tenía ella al desaparecer, ha detenido el tiempo en el momento previo al horror, y con ese gesto la autora inmortaliza a todos los muertos y desaparecidos que han quedado en la memoria jóvenes para siempre.

Una última reflexión: el patético escenario en el cual se desenvuelven los acontecimientos no es otro que la década de los 90, nueva “década infame” para Argentina ya que en esos años se produjo lo que el cineasta argentino Fernando Solanas llama con justeza en su reciente documental *Memorias del saqueo*, “un genocidio social”. Hacia la segunda mitad de la década de los 90 se celebra ya en las esferas políticas nacionales e internacionales el triunfo de la política neoliberal en Argentina y el ingreso del país en el tan aclamado proceso de globalización. Es decir, se celebra el arribo al “fin de la historia” según lo definiera Francis Fukuyama en su conocido estudio *The End of History and the Last Man*.⁵ Sin embargo, la realidad es otra: el país empieza a desangrarse por las heridas que ha dejado el vaciamiento de todos los bienes nacionales y se ha entrado irreversiblemente en lo que sería la etapa mayor de miseria que se hubiera vivido hasta entonces. Y en esa Argentina de los 90, ¿qué lugar les cabe a los sobrevivientes, los mismos que dos décadas atrás se habían confrontado y habían luchado

⁵ New York and Toronto: The Free Press, (1992).

en contra del sistema ahora vigente? Rita y Juan, trabajando la una para una empresa consultora que, lo que en realidad hace es lavar dinero, y el otro, vendiendo productos para una compañía multinacional, a los que se suma Floyt, quien es usado por un ex integrante de las fuerzas para-policiales para el desmantelamiento de autos robados, simbolizan con sus experiencias la necesidad de supervivencia en esa realidad y el fracaso de aquellos ideales por los que estuvieron dispuestos a dar sus vidas. No obstante, esa visión desesperanzada que pareciera desprenderse de la novela encuentra su equilibrio en ese retorno de Rita al final, después de su aventura de sumisión y coqueteo con representantes del bando opuesto, a aquello que alguna vez le diera sentido y justificación a su vida: la búsqueda de esa utopía que, como afirma la autora en la dedicatoria, «nunca acabará ». Las derrotas son temporales, parece decirnos Feijóo, y en el deseo de aprendizaje de las causas que la motivaron queda implícita la posibilidad de retomar esa búsqueda en el punto en que ha quedado suspendida. Su novela confronta al lector de finales de los 90 con su propia realidad, pero escarba en los “porqué”, en las causas que llevaron al país a la destrucción que hoy le toca vivir. No se describe aquí el horror del pasado pero se lo alude en las consecuencias que se viven en el presente. El olvido, el desinterés por el destino de los sobrevivientes es, asimismo, consecuencia del horror, como también lo es el silencio al que por tantos años tuvo que auto-someterse casi la mayoría en un país que no supo o no pudo acogerlos y prefirió obviarlos, omitirlos. De ahí la importancia de esta novela, porque no es solamente el aporte de una sobreviviente a la construcción de la memoria colectiva sino también una profunda reflexión sobre la responsabilidad que nos cabe a todos y a cada uno en la revisión del pasado para que

empiecen a cicatrizar las heridas aún abiertas en el tejido social por años de silencio e impunidad.